

sin que en ellos haya mas que maderas, con tan lindas voces, como el mejor de estaño; como se vén hoy algunos en esta Provincia, admirando el oirlos con tan lindas consonancias.

CAPITULO X.

DEL MODO CON QUE SACRIFICABAN LOS TARASCOS;
DE LA AUTORIDAD DEL GRAN SACERDOTE Y FRE-
CUENTACION DE LOS TEMPLOS.

El modo que observó el tarasco en la oblacion de sus sacrificios, fué el ordinario que guardaron todos los indios en sus reinos y ofrecerlos al dios cuyo auxilio imploraban. Si de fuego, agua y buenos temporales, de cada cosa de estas temian su titular, y á él le hacian deprecacion, la cual se hacia en la cumbre de un monte, donde tenian al principal idolo; y barrido, limpio, y dispuesto todo el lugar que ocupaba de él (atrio

triste de tan infernal costumbre,) se abrian por mitad del pecho los miseros sacrificados, y sacandoles los corazones calientes los ofrecian.

El ídolo principal y único (que no tuvieron otro los tarascos) estuvo en el pueblo de Tzacapu, metrópoli de Michoacan y matriz de su grandeza, como Roma de todo el mundo; cuyo templo estaba en la cima de un monte, que sus faldas vienen á ser vecinas del mismo pueblo. En este templo estaba el sumo sacerdote, á quien, del rey abajo, veneraban con tan gran respecto, que jamás se permitió que hubiese otros inferiores: porque tan gran dignidad, con hacerla comun, llegara á no ser estimada de la plebe, que es la que de ordinario profana lo soberano del sacerdocio. Y así el sumo sacerdote Curicaneri (que así se llamaba) era tan venrado que el rey le visitaba y hablaba de rodillas, visitandole cada año; y el visitarle era irle á pagar las primicias, y despues del rey iban haciendo lo mismo los grandes señores, y tras estos los demas del reino, conforme el posible de cada uno.

El modo que se guardaba en la oblacion de las provincias era que el rey (á quien el mexicano llamó el gran Calzontzi, que quiere decir el calzado con cacle, porque siendo costumbre

que todos los reyes tributarios al emperador, en señal de su obediencia, se descalzasen para verle, el de Michoacan, como no fué su tributario, ni su inferior, se calzaba como él, y así le llamaban el gran Calzontzi) para ofrecer la primicia. Llegado el tiempo salia de su palacio de la ciudad de Tzintzuntzant y se embarcaba en su gran laguna y caminando al pueblo de Tziróndaro, que son dos leguas de navegacion se desembarcaba en él y de aquí á donde estaba el sumo sacerdote, que son cinco leguas, las caminaba por una calzada de piedra admirable, que hoy se vé limpia y aseada como hecha solo para los pueblos reales. Llegado, besaba de rodillas la mano del gran sacerdote, y ofreciale las primicias en donativos como de su real grandeza. Y luego sacrificaba al ídolo los que les parecia en señal de rendimiento, reconociendo en él la autoridad de su dios, y en el sumo sacerdote la misma, como quien estaba en su lugar. Tras el rey, se iban siguiendo los señores, caballeros y demas estados, ofreciendo cada uno segun el posible de su caudal.

El ídolo era grandísimo y con particulares adornos, ceremonias del engaño é ilusiones del demonio con que los tenia tan ciegos, que de cada joya colgaban racimos de condenados, que

eran los que morian en sacrificio de su falsedad. En la desolacion de esta idolatría quedó enterrado en la cumbre donde estaba, y con las presuras del acabamiento todas sus joyas y ornamentos, quedaron sembrados por aquel espacio. Un vecino del mismo pueblo, movido de este cuidado y llevado de la curiosidad se fué à la cumbre, templo famoso de este dios y vagueando su contorno halló tres platoncillos de plata, como unas patenas, aunque mayores, labrados con el primor de ellas, y segun algunas tradiciones, eran los que tenia el ídolo en las orejas y narices: el sentido y significacion no se sabe. Y de este ejemplar usaron generalmente los tarascos: agujerarse las orejas y las narices lo cual hacian en Araró que significa lo mismo. El cual lugar, que es el de unos baños calientes, está junto al pueblo de Tzinapécuaro, donde se hacian otros muy particulares que por faltar con el tiempo la relacion es no los escribo: solo me contento con referir la veneracion del tarasco al sumo sacerdote, la frecuentacion del templo y puntualidad en pagar las primicias á su dios à quien juzgaban por autor y principio de sus bienes.

CAPITULO XI.

DE LOS RITOS Y CEREMONIAS DEL TARASCO;
PARTICULARMENTE EN SUS ENTIERROS.

Es el tarasco de su natural muy ceremoniático y cuidadoso en el culto de su religion; y así en la verdadera, que es la que hoy profesa, es tan reverente y serio, que sus iglesias son las más bien servidas, adornadas y compuestas que mira hoy este Occidente, cuya relacion remito al libro 2.º Y así no causará novedad el oír el funeral de sus reyes, que por ser tan notable lo escribió el P. Torquemada y lo pongo aquí como lo hallé en su monarquia. (1)

(1) L. XIII' c. XVI, fol. 562.

Cuando el Caltzontzi, rey de Michoacan, se veia á los umbrales de la muerte, viendo que la naturaleza se postraba con el tiempo, reconociendo el funesto límite del Ocaso, nombraba al hijo mayor al que le habia de suceder en el gobierno, y haciale que gobernase á sus ojos para darle luces de su experiencia, y con su sombra imprimir en la obediencia de los vasallos el reconocimiento de su nuevo dueño. Enfermando que enfermaba el rey viejo, se juntaban todos los médicos del reino, á consultar el buen acierto para salud del monarca. Y viendo que la ejecucion del decreto habia llegado á cobrar el tributo de quien jamás supo pagarlo, el nuevo rey convocaba á los grandes y señores de su corte, para que asistieran al último teatro de la vida. Todos los cabezas, señores y caciques concurrían á su asistencia, y el que faltaba se daba por traidor á la corona. Los que venían iban entrando por el palacio, y dándole el pésame al rey enfermo, le ofrecían muchos y muy ricos presentes. Y cuando los últimos parasismos impedían el imperial esfuerzo, y que iban ya á la muerte en el saco del alma, prohibían los del consejo que nadie le entrase á ver sino que solo con la muerte pudiese reparar sus golpes, para que las visitas, cumplimientos y lágrimas no

fuesen instrumento de alguna turbacion interna que divirtiese la atencion que se requiere en el último trance de la vida; qué lindo ejemplar, aunque gentil para los monarcas, príncipes y señores de hoy, que parece que guardan para la muerte los mayores embarazos, con que es muy difícil reducirse á la serenidad que requiere el sol de su grandeza para ponerse en el ataúd de la cama! Por que las agencias del testamento, las lágrimas de la familia, las voces de los privados y confidentes más son estorbos que sentimientos, y más inquietud que alivio: con que peligran en el estrecho de la vida, donde pensaron salvarse. Y prosiguiendo con nuestro funeral, á los demas que iban entrando, los retiraban á los salones grandes, donde estaban hasta que espirase.

Muerto el rey, el sucesor daba aviso á los demas señores concurrentes al espectáculo, para que entrando dentro, levantasen las voces y llorasen á su rey difunto, y todos juntos le amortajasen con las pompas y ceremoniales que usaba su profesion gentil. Lo primero que hacían era lavar todo el cuerpo, y luego vestirle una camisa y despues calzarle el cacle, timbre heroico de su valor: poniéndole en los tobillos unos casca- beles de oro, y en las muñecas unas sartas ó

manillas turquesas. Poníanle en la cabeza un trenzado de pluma con mucha argentería, arriates y apretadores de gran valor, y en la garganta muy ricos collares y gargantillas y en las orejas sus zarzillas y orejeras de oro. Atábanle en los molledos dos braceletes de oro y en la boca un broche de esmeralda, pendiente del labio inferior que llamaba el tarasco *tentétl* que significa la piedra de la boca. Hecho este adorno fantástico, estaba ya compuesta una cama de mantas de diversos colores sobre un tablado alto. Puesto el cuerpo sobre la cama ó desmentida tumba lo cubrían con una manta en que estaba pintado ó retratado el cadáver con los mismos adornos. Entonces salían las mujeres y lo lloraban con muchos suspiros y amargos sentimientos.

Hecho ya el túmulo, y el cuerpo en las andas se empezó á ejecutar la ley de que muerto el rey muriesen los que le habían de servir en el otro mundo, los cuales señalaba el que quedaba gobernando, así hombres como mujeres. De estas se señalaban siete señoras, para que cada una se ocupase en el oficio que le daban. La primera los bezotes que usaba el difunto rey los llevaba al cuello, los cuales eran de piedras muy preciosas y de infinito valor. Despues de

esta señalaban camarera ó guardajoyas, servidora de copas y otra que diese aguamanos, una cocinera con sus criadas. De los varones se señalaban de todos oficios: ropero, peinador, el que le trenzaba el cabello, y otro para que le tejiese las guirnaldas y otro que le llevase la silla, leñador, mosqueador y aventador, zapatero y otro que llevase los olores, un remero y un barquero, barrendero y encalador, un portero para su real persona y otro para su dâmas, un plumajero, platero y oficial de arcos y flechas, dos ó tres monteros y algunos de los médicos de los que acà le erraron la cura: un truhan para referir novelas, porque no faltase del infierno oficio tan ocioso; un tabernero, y últimamente los músicos. Estos eran los que morían con él para servirle en el otro mundo, como si allà se habían de ver la cara: sin otros muchos que de su voluntad se ofrecían á la muerte, pensando gangrear la voluntad para que les hiciese mercedes: si bien no se les permitía que muriesen.

CAPITULO XIII.

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO.

Hecha la pompa y junto el acompañamiento, á media noche en punto, sacaban de palacio el cuerpo y por delante todos los que habian de morir con guirnaldas en las cabezas y ungidos todos con una tinta amarilla, en hileras componian una procesion de condenados. En lugar de campanas, el doble ó clamor era en unas rodelas de tortuga con unos huesos de caimanes. Y en medio de esta confusion caminaba el féretro ó ataúd en hombros de los hijos y señores más principales: y luego iban cantando á modo de

chanzonetas, alabanzas al cuerpo y lisonjas al sucesor. Todos estos que autorizaban el entierro iban vestidos de las insignias del valor y esfuerzo con que sirvieron á su rey. En medio de muchas luces resonaba la armonía de clarines y trompetas, y por delante se ocupaban muchos en barrer y limpiar las calles y caminos, hasta que llegaban al patio de los Theocales ó templos, donde ya estaba un gran monton de leña muy seca, ordenada y dispuesta; en cuyo contorno daban cuatro vueltas con grande pausa: y luego le ponian sobre el monton, con todo el aparato funeral y regio, cantándole los parientes como antes. Y acabado el llanto ponian fuego á la leña, para resolver en ceniza al que de su cosecha lo era. Y mientras ardia, chocaban y partian con porras y macanas á los criados que iban á servirle y para que el temor natural no trocarse la deliberacion de morir en cobardía para resistirse, los embriagaban primero. Muertos ya los enteraban detrás del templo del dios Curicaneri con todos los adornos, joyas é instrumentos que llevaban, arrojándolas de dos en dos en unas ollas grandes, sepulturas de su infelicidad. Du-

raba este acto de media noche al dia, con asistencia de los referidos.

Hecho el cuerpo ceniza, la juntaban con las joyas derretidas, y todo junto lo llevaban á la puerta del templo, y puesto en una manta hacian un bulto con las mismas galas que tenia el cuerpo, y ponianle una máscara de turquesas y una rodela de oro á las espaldas y à un lado le ponian el arco y las flechas. Compuesta esta quimera hacian una gran sepultura en las gradas del templo, de más de dos estados, cuadrada y adornada muy bien, ponian dentro una cama de madera, y salia uno de los que llevan á su dios á acuestas, y recibiendo las cenizas en los brazos, las llevaba á la sepultura y las ponia sobre la cama adornada ya de muchas preseas de oro y plata. Luego le ponian ollas, jarros y otras cosas del servicio doméstico. Este ministro ponía dentro del sepulcro una tinaja grande y metía dentro el bulto de las cenizas en forma de hombre y sentabalo vuelto el rostro al Oriente y tapada la tinaja se salía y luego sobre ella echaban muchas mantas y los huecos llenaban de cajas encoradas, que llamaban Patlacalli, y

todo esto con mucha ligereza, dejaban dentro: y todos los asistentes, plumajes y aderezos de sus bailes y fiestas, con otras joyas de infinito valor. Lleno el cuadro ó sepultura, por encima lo envigaban con su madero y la embarraban muy bien, conque por dentro parecia una hermosa bóveda, para diferenciarse de los demas que se llenaban de tierra.

Despues de concluido el entierro, todos los que habian tocado al Caltzontzi y á los demas cuerpos, se bañaban, por preservarse de alguna peste, y juntos y congregados se volvian á palacio, donde sentados por su orden en asientos muy ricos y bien labrados, les daban de comer espléndidamente. Acabada la comida daban á cada uno su paño de algodón con que limpiarse, y estábanse en el atrio las cabezas bajas, el rostro triste y funesto, sin hablar palabra, cinco dias. En este tiempo no se molía maíz, cesaba el comercio y no se encendía lumbre en toda la ciudad. Todos se retiraban sin cruzar las calles á ayunar por el alma de su rey. Los señores salían de noche é iban á la repultura à llorar y velar el sepulcro, por su órden y concierto, cuyo gobierno pendia del nuevo rey, para que la ostentacion de tamaño aparato, fuese solo consuelo de los vivos y mayor tormento á los muer-

tos. Como lo siente San Agustin; *Proinde pompæ funeris, agmina exequiarum, sumptuosa diligentia sepulturæ monumentorum opulenta constructio vivorum sunt qualiacumque solatia non adjutoria mortuorum.*

CAPITULO XIII.

CÓMO REINANDO SINZICHA, ENTRARON LOS ESPAÑOLES
EN ESTA TIERRA.

Llegó la monarquía de Michoacan al punto de mayor grandeza que se vió en estos reinos por los muchos reyes que la gobernaron en el discurso de tantos siglos, con tanto acierto, valor y felicidad que pudo competir con la imperial de Occidente. Pero como el acabarse es muy ordinario, como lo fué en las mayores del mundo y en la primera de todas ellas que fué la Caldea, despues de quince siglos que son mil y quinientos años de prosperidad, que fué los que hubo desde el rey Nino hasta Baltazar, ¿la Per-